

Ante semejantes resistencias, con obstáculos de tal naturaleza como los que someramente hemos apuntado ¿será posible la formación de un "Diccionario Biográfico Mexicano," en que no se noten grandes vacíos?

Por decidida que sea la voluntad del autor de un libro de esta especie, por grandes que sean su constancia y su laboriosidad, es preciso confesar que su obra tendrá que ser deficiente. Empero esta consideración no me arredra, y á aumentar lo ya publicado y á perfeccionarlo, tenderán siempre mis esfuerzos, hasta que logre dar á la estampa una obra que adolezca de menores defectos que la presente.

Hay todavía muchos nombres gloriosos que recoger; hay muchas buenas obras que recordar; muchos libros mexicanos que citar, infinitas acciones que referir y obras de arte cuya descripción está todavía por hacer. La mayor parte del camino está andada ya, y cuando nuestro amor á las cosas pátrias nos ha dado aliento para vencer los tropiezos que en la labor encontramos, sería injustificable que en ella desmayásemos.

Mientras llega el día de realizar ese pensamiento, sea el autor de este libro quien logre hacerlo, ú otro más afortunado, vea el lector en las páginas que vá á recorrer, siquiera sea mi buena voluntad.

México, 1834.

FRANCISCO SOSA.

BIOGRAFIAS

DE

MEXICANOS DISTINGUIDOS

ABAD, Diego José.

El insigne poeta latinista D. Diego José Abad, nació el día 1º de Julio de 1727 en una hacienda de labor, cerca de Jiquilpan, límite entre los obispados de Michoacan y Guadalajara.

Hizo sus estudios de filosofía en el colegio de San Ildefonso de México, entrando á la Compañía de Jesus el 24 de Julio de 1741. En México y Zacatecas enseñó retórica, filosofía y derecho canónico y civil. Sus discípulos pudieron empaparse en las fuentes perennes del buen gusto, pues Abad les dió á conocer las bellezas de los clásicos latinos y españoles, preferentemente las contenidas en las obras de Ciceron y de Virgilio, de Granada y de Garcilaso. A causa de su consagración al estudio y á la enseñanza, su salud se vió deteriorada. Aun no cumplía entónces cuarenta años, y debió á sus estudios en la medicina, que emprendió en esa época, el haber prolongado sus días, pues fueron inútiles los cuidados de los médicos. En 1767, y siendo rector del colegio de Querétaro, emprendió un viaje á Italia, fijando su residencia en la ciudad de Ferrara.

Antes, habia escrito el padre Abad varios opúsculos en latin, sobre materias teológicas, opúsculos que se conservaban en la biblioteca de la Universidad, y que hoy deben existir en la Nacional de San Agustin, donde fueron reunidas las obras de los conventos y demás corporaciones suprimidas por la Reforma. Tambien dejó el padre Abad algunos apuntes sobre las ciencias exactas; tradujo varias "Eglogas de Virgilio," dió á luz en italiano su "Tratado del conocimiento de Dios," y describió los rios más notables de la tierra en su "Geografía hidráulica."

Empero á ninguna de esas obras debió la mayor altura de su reputacion literaria y de su celebridad, sino á la que en latin escribió con el título de "Heróica de Deo cármina," que apareció en Madrid por primera vez el año de 1769. Fué recibida con tal aceptacion, que se contaban entre sus admiradores á Juan Lami, prefecto de la biblioteca Ricardiana, al cardenal Zanotti, matemático y poeta de Bolonia, que calificó de *divina* la obra, á Clementi Venneti, secretario de la academia fundada por la reina de Hungria, María Teresa de Austria. Venneti escribió al padre Abad una carta colmándole de elogios y remitiéndole el diploma de académico. El abate Serrano, ex-jesuita de Valencia, la llenó de alabanzas, y á los sábios Lampillas y Hervas les pareció *inmortal y digna del siglo de Augusto*.

El padre Abad, léjos de envanecerse con su triunfo, pulió más y más su obra, la aumentó hasta treinta y tres cantos, que fueron impresos en Venecia en 1774; haciendo dos años despues una nueva edicion con cinco cantos más, en Ferrara. Todavía se hizo otra edicion en Cecena en 1780, y fué traducida al español despues, aunque mal. Abad murió en Italia el 30 de Setiembre de 1779, y en honra suya se compusieron varias inscripciones por los ingenios más distinguidos de esa que fué su segunda patria. Los escritores mexicanos, y aun los extranjeros que se han ocupado de este poeta, le han llamado Abadiano y no Abad, como realmente se apellidaba y como figura en la "Biblioteca" de Beristain, autor bien informado. A más de los méritos mencionados, debemos hacer constar que él fué el primero que introdujo en el Colegio de San Ildefonso de México el

estudio del Derecho por Gravina y los comentarios de Vinio, desterrando vanas sutilezas y paralogismos.

Existe inédito al presente un estudio biográfico, crítico filosófico, y puede decirse filológico del padre Abad, escrito por D. Francisco Pimentel, que por el nombre del autor, así como por la extension de ese trabajo, creemos que no solo será el primero sino el más acabado que pudiera presentarse para honrar la memoria del célebre latinista mexicano, á quien una feliz circunstancia da el primer lugar en los diccionarios biográficos americanos, para honra de nuestra patria.

ACUALMETZLI, Ignacio.

Vamos á consagrar un recuerdo á un guerrero azteca. Su apellido indígena es el que va al frente de estas líneas, aunque fué bautizado con el nombre de Ignacio Alarcon de Roquetilla.

Nació en Coyoacan en 1520. Tenia un año cuando su padre murió combatiendo á los españoles. La madre, segun el padre Oviedo, fué mutilada de las orejas en castigo de una ofensa hecha á uno de los capitanes de Cortés, muriendo á consecuencia de aquella mutilacion. Acualmetzli [*mala luna*] quedó bajo la tutela de un español que le llevó á bautizar y le dió el nombre de Ignacio Alarcon; le educó cristianamente, le enseñó con perfeccion la lengua castellana y el manejo de las armas. En 1537, es decir, cuando Acualmetzli tenia diez y siete años, entró al colegio de Santa Cruz Tlaltelolco, siendo uno de sus fundadores, y allí aprendió el latin, teniendo por maestro al franciscano Arnaldo Balzac, frances. Este sacerdote llegó á estimar tanto al jóven indio, que le trataba como hijo, le vestia y le alimentaba, y le hizo confirmar, poniéndole en aquel acto el nombre de Roque sobre los dos que ya tenia. A la edad de veinte años, Acualmetzli púsose á escribir en lengua mexicana una sencilla rela-

cion de su vida y estudios, y como para hablar de su nacimiento necesitaba saber su origen, comenzó á hacer pesquisas hasta que descubrió el fin de sus padres. Apenas adquirió esas noticias, concibió la idea de reunirse á los chichimecas para combatir con ellos á los verdugos de su madre. La gratitud que abrigaba hácia Fr. Arnoldo, le hizo descubrirle su proyecto. Su protector, como es fácil comprender, se opuso á él; pero fueron vanas las razones, las súplicas, las más generosas ofertas y amenazas para persuadir á Acualmetzli. Conociendo Fr. Arnoldo la firmeza de su discípulo, recurrió á la astucia de fingir que no solo le dejaria ir, sino que le proporcionaria medios para ello: mientras secretamente obtenia una orden del virey D. Antonio de Mendoza para enviarlo á un colegio de España para que allí concluyese su educacion; mas el astuto jóven supo, ó llegó á sospechar, lo que intentaba, y un dia partió furtivamente para la Sierra de Querétaro. Realizó, pues, su proyecto de combatir contra los conquistadores, hasta que murió en un encuentro que tuvieron los chichimecas con las tropas del virey ya citado. Acerca de ese encuentro en que murió Acualmetzli, dice el autor de un manuscrito que existia en el museo de la extinguida Universidad de México, y en el que en forma de diario se refiere la expedicion del virey D. Antonio de Mendoza, lo siguiente:

“Dos años de continuos combates fueron necesarios para reducir á estos terribles chichimecas, que se extendian desde las serranías de los alrededores de Querétaro hasta Jalisco; pero el virey Mendoza pudo al fin vencer, aprovechando el otoño del año de 1542, para dar una leccion á estos indios, que parecia eran los únicos que mantenian vivo el *patriotismo* en esta parte del Nuevo Mundo. En esta campaña era admirable el orden con que los chichimecas se batian, desconocido á los indios, pues se presentaban en batallones, á siete hombres de fondo, sus filas eran cerradas, sus movimientos regulares, y se hubiera dicho que algun desertor español les habia enseñado la táctica de Europa, si entre los cadáveres de los vencidos no se hubiera encontrado el de un indio muy conocido en México por amigo de los españoles, y llamado Roquetilla ó Ignacio Alarcon, pues era

ya bautizado y confirmado, y renegó por irse, guiado del demonio, con los montaraces chichimecas.”

Del pasaje trascrito se deduce que Acualmetzli murió en 1542, á los 22 años de edad, y lo que es más importante todavía, la confesion escapada al autor del diario, de que los indios chichimecas conservaban vivo el patriotismo, título sobrado para que enaltezca la memoria de aquella raza un historiador imparcial. Acualmetzli es, pues, un dechado de virtud como hijo, y de patriotismo como ciudadano.

ACUÑA, Manuel.

Honra, y muy grande para la ciudad del Saltillo, capital del Estado de Coahuila, es la de haber sido cuna del insigne poeta Manuel Acuña, el día 27 de Agosto de 1849.

Acuña hizo sus primeros estudios en la ciudad de su nacimiento, en el Colegio “Josefino,” y en 1865 vino á la capital de la República para entregarse aquí á cursar las materias prescritas para la carrera de la medicina.

Dotado de clarísimo talento, habria el jóven coahuilense llegado á ser uno de los alumnos más distinguidos del renombrado plantel en que se inscribió en 1866, si una desgracia, que nunca lamentaremos suficientemente, no le hubiera hundido en el sepulcro cuando tocaba, puede decirse, al término de su carrera profesional.

Su amor á las bellas letras no sufrió alteracion ni menoscabo á causa de los áridos estudios científicos. Léjos de eso, el jóven Acuña fundó la Sociedad “Netzahualcoyotl,” y en ella dió á conocer sus eminentes dotes poéticas. La publicacion de los que podiamos llamar sus primeros ensayos, fué acogida con entusiasmo; desde entonces reveló que era un poeta de altísimo va-

ler, y que sus obras serian más tarde un título de gloria para su patria. Solicitábase la colaboracion de Acuña por los periodistas, y era en el seno de las sociedades literarias recibida con júbilo la nueva de que iba él á dar lectura á alguna de sus inspiradas producciones, logrando así ocupar, sin embargo de su juventud, un puesto distinguido entre los más acreditados literatos y poetas de la capital de la nacion.

La representacion de su drama intitulado "El Pasado," le conquistó un verdadero triunfo, suceso no comun en nuestra escena, por más que frecuentemente hubiésemos visto prodigar aplausos á los autores nacionales. No fueron de sus amigos, no fueron procurados por los actores los que coronaron la obra del novel dramaturgo: la sociedad entera, los literatos, que comprendian el mérito de la obra, los tributaron al autor; y las discusiones que "El Pasado" provocó en la prensa, en las sociedades literarias y aún en las reuniones privadas, fueron signo evidente de que no era una pieza vulgar la que les daba origen.

Cuando la nacion entera veia en Manuel Acuña no ya una hermosa esperanza, sino un legítimo título de orgullo para México, una muerte lastimosa puso término á los dias del poeta, el 6 de Diciembre de 1873.

"Las producciones de Acuña,—ha dicho un escritor sud-americano,—descubren un pensador profundo, un corazon grande y sensible y una hermosa imaginacion. Elevado por la clase de sus estudios á esa duda casi completa que se divisa en algunos de sus versos, y á un pesimismo desolador por la suerte amarga que acompañó los cortos años de su vida, sus poesías no llenan á veces su mision de consuelo. Pero en cambio, allí, donde el aspecto de un cadáver no tiene más significacion en la mente del poeta que la de un organismo paralizado, la materia encuentra un cantor poderoso; donde el sabio humanitario no alcanza, en su muerte, el premio de la ventura perdurable, la historia lo acoge en sus santuarios; donde la conciencia no halla para los crímenes juez ni castigo en otra existencia, el genio maldice y profetiza; donde se apaga el cielo se enciende la gloria; donde no hay para el hombre eterna dicha, hay eterno descanso; don-

de el arrobamiento místico no oye ni una frase consoladora, la filosofía exceptica del siglo vislumbra ese cúmulo de vacilaciones en que, como en un crisol, parece agitarse hoy la verdad.

"Pero Acuña, como hemos dicho, era poeta de corazon. No es, pues, raro que, herido por los recuerdos de su infancia, forje un cielo para *la madre de su amor*; ni que impresionado con el infortunio de la mujer caída, le prometa la sonrisa de los ángeles y la bendicion de Jesucristo. Ese instinto de sufrimiento que se levanta de la tierra para buscar en otras regiones el bálsamo purificador, y que constituye una de las fases de la verdadera poesía, no podia faltar á Acuña. Si en pos de la verdad su espíritu dudó en algunas ocasiones, el mundo encontró siempre su corazon noble, amante y compasivo.

"Nuevo en las imágenes, audaz en el pensamiento, atrevido en la forma y avanzado en las ideas, las producciones de Acuña son de mérito indisputable. Canta una belleza del mundo siquier insignificante, y es florido y ameno; recuerda su niñez perdida, y tiene una inspiracion dulce y doliente; habla de sus amores, y es tierno y apasionado; sube á la tribuna de los cementerios, y su versificacion osada parece desafiar el misterio.

"Tambien cultivó Acuña el género jocoso y satírico,—y sus composiciones—dice el Sr. Manuel Peredo, distinguido escritor mexicano,—son notables por su aticismo, facilidad y correccion—El poema *La Gloria*, en que se nota la travesura de Espronceda y el gracejo, ya que no la pureza de lenguaje de Moratin, sorprende por la novedad, la fluidez de la improvisacion, la fidelidad en los caracteres y la universalidad del héroe.

"El solo nombre de Acuña basta para la gloria literaria de México, quien no llorará nunca lo suficiente sobre la tumba de su hijo privilegiado. Hoy seria Acuña el primer poeta de la América española, donde ya empieza á hacersele la justicia que exigen sus merecimientos."

Hasta aquí la opinion del Sr. Mac Donall, que es el escritor sud-americano á quien citamos. Diremos ahora, siquiera sea brevemente, cuáles son á nuestro juicio los rasgos característicos del poeta coahuilense, no mencionados por el Sr. Mac Do-

nall, dejando á los críticos la tarea de analizar extensamente las producciones de Acuña, como no nos es posible hacerlo, dada la índole de la obra que traemos entre manos.

Como Núñez de Arce en España, Acuña en México es entre los poetas contemporáneos el que mejor traduce en sus obras el carácter de la época.

Sus dudas horribles, su desaliento, ciertos arranques atrevidos que las personas piadosas condenan, el continuo anhelar, el afán por inquirir la causa de todas las cosas, no son sino reflejos de lo que en todas las conciencias, en todos los corazones, batalla y pugna por romper la estrecha cárcel en que el pensamiento vive cuando sus aspiraciones no tienen límite, cuando su sed es insaciable, cuando, por lo mismo que desde niño se le ha enseñado á creer que es imagen de Dios, se siente con las fuerzas necesarias para romper los velos de lo desconocido, para saber qué es lo que existe más allá de lo que sin esfuerzo ni meditación se percibe.

Llámasele poeta materialista, y no se encuentra en sus producciones la deificación de los sentidos. Atribúyensele una carencia absoluta de fé y un desprecio profundo por lo que los demás creen y respetan, y tan léjos están de la verdad los que así le calumnian, que muchos de sus cantos inmortales están consagrados á enaltecer el hogar y la familia, los recuerdos puros de la infancia, las santas alegrías de los que creen y esperan, como sus padres creían y esperaban. A la mujer caída le habla de redención, no le eleva un altar. Cuando canta á la mujer que adora, hay en sus versos ternura inefable, pureza de armiño; parece como que se dirige á un ángel del cielo, como que teme manchar sus alas si llega á tocarla.

Vibra sonora la cuerda del patriotismo en la lira de Acuña; rinde culto á los héroes, pregona su gloria, enseña á amarlos cada vez que, tierno, entusiasta, recuerda á Hidalgo y á los que con él combatieron por hacer libre á la patria de Cuautemoc. Sabe que un pueblo sin instruccion no es digno de ser libre ni puede serlo; y enaltece al sabio y propaga su nombre, lo presenta como modelo, y si muere, derrama sobre su tumba flores

inmarcesibles y entona estrofas que la posteridad se encargará de repetir en su alabanza. Y como *la escuela* es la fuente de que se deriva la grandeza y la prosperidad de los pueblos, Acuña tiene para el maestro veneracion y palabras de aliento para el discípulo. ¿Por ventura, sentimientos tan elevados, patriotismo tan puro y nóbile, amores tan castos, son propios del que está dominado todo por materialismo grosero?

Lo repetimos: Acuña, genuino representante de la época en que le tocó nacer, se agitaba en eterna lucha, y si la duda amarga se virtió en sus cantos, si la desesperacion nubló sus ojos, turbó su razon y le hundió en el sepulcro, no por eso es ménos acreedor al encomio de los mismos que, con envidiable tranquilidad, sin preocuparse con la solucion de los grandes problemas que la humanidad quisiera resolver, viven con la fé heredada y no quieren saber una palabra más sobre las que desde el borde de su cuna oyeron pronunciar.

Si del fondo, ó del pensamiento, pasamos á la forma de las poesías de Acuña, mucho puede decirse en loor suyo: facilidad portentosa, descripciones encantadoras por su belleza y por su verdad, versos sonoros y rotundos, naturalismo bien entendido, todo esto, y más todavía, encontrará el crítico que sin dejarse arrebatar por la admiracion y por el entusiasmo, irreflexivos casi siempre, analice las poesías que el bardo del Saltillo nos dejó, si bien hallará algunos pequeños lunares que nada significan si se comparan con las inagotables bellezas que encierran las mismas poesías. A este respecto dice un escritor:

“A los que sin fijarse en las bellezas, solo notan que Acuña abusaba del pleonasma, y que á veces no colocaba la cesura donde el metro lo exigía, y á los que llama la atencion el apóstrofe que une las palabras más que el pensamiento en esas palabras encerrado, diremos lo que Víctor Hugo dice de otro genio á quien pocos comprenden: “Si buscáis un tallo bruñido, ramas rectas y hojas satinadas, fijad la vista en el pálido abedul, ó bien en el sauce lloron, y aun mejor en el hueco sahuco; pero dejad en paz á la encina. La encina, rey de la selva, tiene la forma caprichosa; sus ramas nudosas están heridas por el rayo; su folla-

ge es sombrío; su corteza áspera y ruda..... pero siempre es la encina."

Acuña, diremos, continuando la idea del gran poeta citado en las precedentes líneas, es la encina que, desafiando todas las inclemencias, todas las tempestades, sobrevivirá en la historia literaria de México, en tanto que ni un débil recuerdo quedará de muchos nombres que hoy resuenan á cada paso en nuestros oídos. A medida que los años avancen, su fama será mayor; más duradero, eterno, el monumento de su gloria.

AGUILAR, María.

En otro artículo de esta obra hablaremos de la célebre monja yucateca Sor Elguerina de Cárdenas, que por su gran ilustración ocupa en los anales de su Estado natal un lugar distinguido. No ménos digna de mención es la escritora de quien hoy vamos á dar noticia.

Es bien sabido de todos que hasta hace pocos años se comenzó á ver en México la educación de la mujer con el interés que siempre debía haber inspirado, y por lo mismo son más acreedoras á la pública estimación aquellas que sin grandes elementos para elevarse sobre el vulgo de su sexo, lograron durante la dominación española sobresalir, como sobresalieron Sor Juana Inés de la Cruz, y algunas otras, como la religiosa Doña María Aguilar.

Nació esta señora en un rancho de la jurisdicción de Atlixco (Puebla), el día 3 de Marzo de 1695, hija de D. Pedro de la Cruz Aguilar, español, y de Doña Manuela Velarde, natural de la ciudad de Puebla.

Contaba 19 años de edad (1714) cuando entró al beaterio de Santa Rosa de Puebla, tomando el nombre de Sor María Águeda de San Ignacio. Convertido el beaterio, en 1740, en conven-

to de recoletas dominicas, por bula de Clemente XII, Sor María fué electa primera priora, permaneciendo en este empleo hasta su muerte.

Que esta religiosa unia á la práctica fiel y constante de las virtudes de que nos hablan los cronistas, un talento no comun, lo prueba el hecho de haber escrito, por orden de sus confesores y preladados, varias obras que fueron impresas en Puebla en 1758, y una de las cuales mereció ser reimpressa en México en 1782.

El Colegio Palafoxiano de Puebla publicó en 1791 un libro intitulado "Devociones varias sacadas de las obras de la V. M. María Águeda de San Ignacio." Para que un instituto literario hubiese hecho esa publicación, se necesitaba que los escritos de la monja Aguilar fuesen acreedores á honra tan marcada.

Beristain incluye á la escritora que nos ocupa, en su "Biblioteca Hispano Americana," y cita de ella dos obras, una de las cuales fué impresa, dice, de orden del Obispo de Puebla.

Falleció en su convento el día 25 de Febrero de 1756.

Sentimos no estar en aptitud de poder decir cuáles son las cualidades que sobresalen en los escritos de la Sra. Aguilar, porque no hemos podido adquirirlos.

Varias veces hemos hecho notar, y creemos oportuno repetir, que las damas mexicanas que durante la dominación española cultivaron las letras dieron preferencia á la prosa, si se exceptúa á Sor Juana, mientras que en nuestros días no contamos sino con poetisas, preferencia que juzgamos perjudicial. Somos los primeros en admirar la inspiración de Esther Tapia de Castellanos, de Gertrudis Tenorio Zavala, de Rosa Carreto, y de otras varias señoras y señoritas cuyas galanas composiciones honran con frecuencia las columnas de nuestros periódicos; pero deseáramos que con igual éxito figurasen algunas escritoras.

La educación que actualmente se da á la mujer, la dota de conocimientos que podía ella divulgar en escritos verdaderamente útiles, no solo agradables. Generalmente las poesías no son sino la expresión de individuales sentimientos, y por bellas y correctas que sean en la forma, no están destinadas á vivir mu-

cho tiempo, ni á ser estimadas sino por los que saben sentir, y éstos son bien pocos. Libros á propósito para los niños, en los que la mujer derrame el inagotable tesoro de su bondad y vayan formando para el bien los corazones, hacen falta. Necesítanse tambien obras destinadas á formar buenas madres de familia, mujeres modestas, y nadie mejor que la mujer misma para trazar esas páginas.

Pero aun hay más todavía. En México se hace sentir la falta de un periódico de modas, dirigido por señoras. De aquí que un escritor hubiese tomado á su cargo esa tarea tan impropia de su sexo, y que por consiguiente, tántas burlas le ha acarreado.

¡Ojalá que estas brevísimas indicaciones sirvan para despertar en nuestras compatriotas instruidas é inteligentes el entusiasmo por los escritos en prosa!

AGUIRRE, José María.

Bastaria el hecho de que el distinguido jurisconsulto D. José María Aguirre hubiese empleado su saber y su inteligencia en defender, sin retribucion, á las desgraciadas víctimas del Santo Oficio, arrancando á muchas de ellas de la muerte, para que honrásemos su memoria, aun cuando no hubiese tenido, como tuvo, otros títulos para pasar á la posteridad.

Nació en esta ciudad de México en 1778, hijo del Sr. Lic. Isidro Aguirre y de la Sra. D^a Josefa Casela; ambos de esclarecido linaje. Muy jóven comenzó sus estudios en el Seminario, dando en todos los cursos testimonios del más claro entendimiento. En las cátedras y en los exámenes públicos obtuvo triunfos á cada paso, que le valieron merecer el título de abogado á la edad de 22 años, publicándose un pomposo elogio que le hizo el oidor decano del Colegio de Abogados, D. Cosme Mier y Trespacios. Dos años despues recibió el grado de doctor en Derecho civil,

y la borla de sagrados cánones en el año de 1817. Matriculado en el colegio de abogados, comenzó á ejercer su profesion con grande aplauso; pero inclinándole la carrera de la Iglesia, recibió el sagrado orden del subdiáconado en 1801. Despues de cinco años de pertenecer al estado eclesiástico, y pasados dos años, recibió el orden de presbítero y despues todas las funciones de sacerdote, en las que se ocupó asiduamente, absolviendo los pecados en el confesonario, pregonando los misterios del catolicismo desde la tribuna del Espíritu Santo, y defendiendo las causas en que podia ejercer segun los cánones. En 1807 le nombró el ilustrísimo Sr. Lizana cura interino de la parroquia de Santa Ana; en 1810, la venerable Congregacion del Colegio y Hospital de San Pedro, le eligió para rector del establecimiento; en 1811 fué nombrado capellan de Santa Brígida, y en 1820 se le concedió en propiedad el curato de la Santa Veracruz, últimamente el de San Miguel, y si la ambicion le hubiera dominado, sin duda que habria llegado á las más altas gerarquías eclesiásticas. En la curia fué nombrado relator en 1804 y ocupó esta plaza por espacio de 17 años; en 1811 le eligió el ilustrísimo y venerable señor dean y cabildo para su secretario de gobierno: como promotor fiscal que fué desde 1804 en la ruidosa causa de los religiosos Bellemitas Fr. José de San Ignacio, Fr. Gerónimo de San José y Fr. Vicente de San Simon, trabajó sin estipendio alguno, y aún haciendo de su peculio las erogaciones necesarias, hasta poner la causa al cabo de siete años en estado de sentencia, que recayó de acuerdo con su pedimento, y fué confirmada por el rey: fué defensor de matrimonios, y en este empleo molesto y delicado es proverbial el celo con que trabajó, é innumerables las familias en que restableció la armonía y paz domésticas; y ocupó otras muchas plazas en que dió constantemente pruebas de su gran capacidad y de la rectitud y bondad de su carácter.

En 19 de Noviembre de 1810, expidió el Gobierno cédula habilitándole para que pudiese ejercer la abogacía en todas las causas que se le encargaran, y procedió en ellas con tal mesura, gravedad y justificacion, que en los cincuenta y dos años de tra-